

La Mezquita mayor de Tudela

ES Tudela una cabeza de puente, como ahora se dice, sobre el Ebro, con la Rioja al sur y el páramo de las Bardenas separándola de la Navarra propiamente dicha. Su ligazón geográfica con la región soriana dió por resultado que se mantuviese adherida a la frontera árabe, como avanzada frente a las expansiones de Pamplona y de Burgos, protegiendo contra ellas a Zaragoza por aquel lado; y asimismo resultó que su caída en poder de los cristianos preludiase la de esta última ciudad.

Conquistó a Tudela por sorpresa en 1114, Rotrón, conde de Alperche, por iniciativa de Alfonso el Batallador, quedando aquél con el señorío de la ciudad sobre pacto con los moros, de mantenerlos por un año en sus cargos y casas y servirse de la mezquita mayor. Fué luego aplicada ella al culto cristiano, con título de Santa María la Mayor y categoría de colegiata, previa solemne dedicación con asistencia de varios obispos, y en 1125 ya estaba hecho un nuevo pórtico ante su puerta mayor, quizá a modo de claustro para dotar de viviendas a su cabildo que según costumbre había de constituirse en comunidad. Respecto a la consagración a que se alude en 1149, creo que se refiere a otra iglesia, adjunta a un monasterio de benedictinas, la misma que es citada en documentos, desde 1212, con el nombre de Santa María de las Dueñas (F. Fuentes: Archivos de Tudela, núms. 19, 167, etc).

Hacia 1168 y durante cuatro años se fueron adquiriendo casas en torno de la Colegiata para ampliarla, y en 1186 se construía su claustro, fechas que corresponden al edificio románico actual, cuyo altar mayor fué consagrado en 1204. Obsérvese que el nuevo edificio resulta con su eje mayor de NE. a SO., anomalía que se repite en otras catedrales nuestras, herederas de mezquitas, perfectamente explicable cuando su reconstrucción se hizo a base de lo antiguo, y aun conservándose todo o parte de ellas hasta quedar disponible para el culto lo nuevo.

El proceso constructivo de nuestra colegiata y luego cate-

dral, se reconoce claramente a partir de su cabecera. Primero, las capillas extremas, que son cuadradas, con jambas lisas sus arcos, y a las que se adaptaron luego ojivas reforzando bóvedas de aristas. Después, los tres ábsides, con parejas de columnas, al modo cisterciense, apeando sus arcos y simples bóvedas de cascarón los laterales. En ellos y en las anteriores capillas se aprovecharon modillones de alero árabes, según veremos, cuyo perfil se remedió luego en el ábside central. Los altos de éste y de todo el crucero e íntegramente las naves corresponden a un segundo período, en que se sustituyen los capiteles corintios por otros de arte avanzado románico, se destaca la dobladura de los arcos y son francamente góticos los abovedamientos y el ventanaje. La misma disparidad, entre las portadas del crucero y la de los pies, que ya cae dentro de las normas del siglo XIII, mientras lo primitivo hubo de remontarse al decenio de 1160, según lo acreditan ciertas semejanzas con la catedral de Santo Domingo de la Calzada, que se empezó en 1158, y no diez años después como dijo Lampérez. Respecto del claustro, su espléndida arquería románica viene a fecharse entre los dos períodos de obras susodichos, y la haría otro maestro con influjos normandos.

Sobre estos datos puede inferirse que, hecho cabecera el frente de la mezquita vuelto hacia el NE, se dispuso el claustro en su costado de la epístola y se alargó encabezándola con crucero y capillas nuevos. Una vez en uso éstas, pudo derribarse lo antiguo, dejando lugar al cuerpo de la iglesia con sus tres naves, y por consecuencia a ellas corresponderá el área de la mezquita. Su derribo pudo coincidir con la reforma románica del claustro, y así explicarse que en éste, como materiales aprovechados, se conserven restos suyos, que ahora salen a luz, gracias a las obras emprendidas para limpiarlo de pegotes y restaurarlo, dando pie a investigar algo de lo destruido.

Poco es, desgraciadamente, lo descubierto, pero todo valiosísimo, porque nos abre un resquicio de luz en las obscuridades de lo que fué el arte árabe en la llamada Frontera superior, no conocido hasta hoy sino por los restos de la Aljafería zaragozana; pero estos otros de Tudela les son completamente ajenos: ha sido ello una desconcertante sorpresa. Mirando hacia el sur, lo demás del período de taifas se desarrolla uniforme, así en Toledo como en lo andaluz de Granada, Málaga y Almería, con su expansión levantina en Monteagudo y su apogeo ulterior en

la gran mezquita de Tremecén. Antes, el siglo X absorbe en apogeo magnífico lo califal de Córdoba: ofuscación de formas, de adorno, de policromía; todo exaltado, quedándose atrás lo bizantino y lo asiático. Tampoco de él hallamos contactos decisivos en los fragmentos tudelanos; pero sí en sus gérmenes, en el arte del emirato cordobés del siglo IX, reflejado en las ruinas de Elvira tan solo.

Y he aquí, que llegando a esta conclusión se vislumbra su iniciativa en un campo de historia explorado apenas, con la figura del gran caudillo de los Benicasi, Muza II, personaje el más destacado de la Península en sus días, frente al emir de Córdoba Abderrahmen II, en su vejez ya, y los reyes asturianos Ramiro y Ordoño primeros. Él resulta precursor de Ornar ben Hafsún y aún del Cid, en su papel de rebasar el vasallaje con iniciativas de príncipe, superior a los monarcas en alteza de miras y en hacerse un dominio con sus armas y su talento. Aquel gran hombre comenzó a figurar siendo gobernador de Tudela, donde se mantuvo contra moros y cristianos durante más de veinte años, entre 841 y 862; momento en que Tudela florece halagada por la victoria, y es entonces cuando hubo de surgir su mezquita al impulso edificador característico de Muza.

En aquellos tiempos el emirato de Córdoba, con el susodicho Abderrahmen, se afianzaba, propugnando por ennoblecerse con una corte que reflejaba los refinamientos de Bagdad y a la par se acrisolaba en lucha de ideas que exaltó el pensamiento nacional, fluctuando entre la tradición latina y sorpresas de cultura oriental que amenazaban con eclipsarla. Revolución espiritual; pero que había de tomar cuerpo en alzamientos políticos, ante una conciencia de fuerza que lo heterogéneo de la sociedad española alimentaba, frente al débil freno autoritario de los emires cordobeses, porque Abderrahmen, con su pacifismo, fomentaba rebeldías en las fronteras. Toledo y Mérida soñaban con su capitalidad perdida; en el norte, el acoso de los cristianos libres y las embestidas de los francos mermaban la soberanía cordobesa, y hubo entonces ocasión para que una familia de godos, cliente de los califas al convertirse al islamismo a raíz de la conquista de España, se mantuviese en la frontera superior aragonesa.

Eran los Benicasi, antes aludidos, y fué Muza II quien la encumbró poniéndose a nivel de reyes, triunfando sobre ellos, atrayéndoselos, hasta obtener amistad dadivosa con Carlos el

m

Calvo por un lado, con el rey de Pamplona que le dió una hija en matrimonio, y haciéndose valer con el emir de Córdoba, rogado por él a expulsar a los normandos de Sevilla; sólo cayó ante los asturianos con la destrucción del castillo de Albelda que él edificara. Es, pues, verosímil que su amistad con los cordobeses facilitara el allegar en Tudela artífices capaces de edificar la mezquita según el estilo andaluz; y en efecto, sus adornos coinciden con los del arco de la puerta de San Esteban en la catedral de Córdoba, obra de Mohamed con fecha de 885. Y este influjo no aparece como esporádico, sino que arraiga en estilo peculiar de arte a través del califato y de las taifas, y luego en el período mudéjar, de suerte que el foco tudelano viene a revelársenos cual fenómeno paralelo a los grandes desarrollos cordobés y mozárabe, siendo de lamentar que lo alcancemos tan fragmentario.

Cómo fuesen las grandes mezquitas españolas, sólo es conocido a través de su ejemplar príncipe, la de Córdoba, y aun apenas sabemos de las africanas, salvo la de Cairuán: todo ello antes del siglo XI, desde luego. Pero estos dos edificios, juntos con restos de otros, planos y descripciones, nos aseguran de que su organización era trasunto de la basílica: arquerías sobre columnas exentas, en muchas naves techadas, y los muros, ya rematados en cornisas sobre modillones, ya en almenas, o bien ambas soluciones juntas, acaso. La orientación ritual de su testero, donde estaba el nicho del mihrab, fué hacia el SE., que viene a ser la dirección de la Meca; y cuando una mezquita se adaptaba al culto cristiano decidióse cambiar la cabecera hacia el NE, ya que no era posible, sin derribo total, encararla hacia el oriente, según costumbre hasta el siglo XVI. Alterado así el eje de la iglesia, pasaba a ser lado de la epístola el testero antiguo, y tras de él había de adherirse, por consecuencia, la habitación conventual, o sea el claustro, con su refectorio, capítulo, dormitorio y demás locales que la vida en común de los capitulares exigía.

Con estos antecedentes no parece difícil fijar el área de la mezquita tudelana en el sitio de las naves de la catedral, quizá sin llegar al crucero, en amplitud de unos treinta y tantos metros de SE. a NO. y menos en sentido contrario.

Su mihrab caería cerca del muro divisorio del claustro, en el espacio que media entre él y las naves, distribuido ahora en un corralejo, una capilla moderna y un pasadizo. Precisamente en

aquél estuvo la columna que presentaremos luego; mas ahora, al excavarlo, solamente aparece un muro en ángulo con grosor de 55 cmts., hecho con sillarejos cuidadosamente y que puede ser muy antiguo, pero no aclara el problema planteado acerca de la mezquita. Los demás fragmentos sueltos que hubieron de pertenecer a ella se descubrieron utilizados en los muros del claustro, que son de tapial con remiendos de piedra y cascote, excepto el lado medianero con la iglesia, que es de sillería, muy destrozada ya. Parece extraño que, dada la riqueza de las arquerías románicas del claustro mismo, sean de tan pobre estructura tres de sus muros circundantes: tierra apisonada, en la que encajan las rastras o soleras correspondientes al techo de las galerías y al colgadizo de su tejado; pero hay más, pues en el lienzo hacia el NO. aparecen remetidas unas ventanas de carácter morisco, según veremos, seguramente anteriores a la arquería, como lo acredita el estilo de sus columnillas, dando a entender que pertenecieron los tales muros a un claustro más antiguo, rodeado de habitaciones en dos pisos y hecho cuando aún prevalecía un arte empapado de arabismo.

Lo anterior viene a ser suposiciones todo; pero queda firme lo que ahora hemos de ir estudiando, supervivencias de un período misterioso, restos arquitectónicos que a duras penas encajan en el cuadro de caracteres típicos de nuestro arte en la Edad Media remota, pero que lo ensanchan admirablemente. En primer término lo más peregrino: una almena dentada (lám. I a; fig. 1), hecha de piedra caliza, algo rota, que mediría 60 cmts. de alto y cuyo grueso es de 25, sin alisar por su otro frente. Es elemento de origen persa ajeménida, formando escalones; pero ya allí mismo se ofrece el tipo dentado, con entrantes oblicuos, efigiado en una bandeja sasanida de plata. Iguales rematan toda la gran mezquita de Córdoba, trascendiendo a la de Sevilla y a las marroquíes; de antes las tenemos en territorio cristiano, en San Salvador de Valdedios (Asturias) a fines del siglo IX, pero no en serie coronando el edificio, sino dos solas por remates de su tejado. Esta de Tudela resulta más esbelta que las cordobesas (fig. 2), y así también es la asturiana, aunque con menos desarrollo (G.-M.; **Iglesias mozárabes**, fig. 39).

Otra pieza de más valor decorativo es un sillar, como jamba,

que, cercenado como está en su largo, mide 1'11 mts., por un ancho de 0'38 y otro tanto de grueso (lám. Ib). Es de piedra cali-

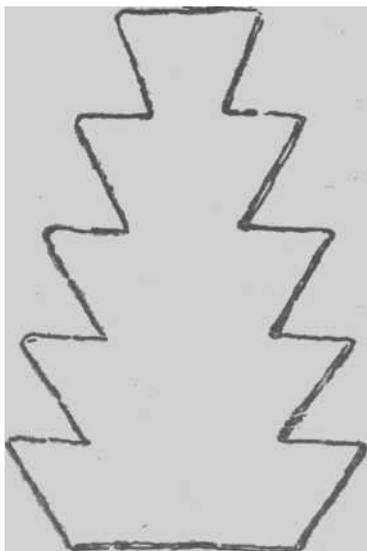


Fig. 1.—Almena (completada) de la Catedral de Tudela

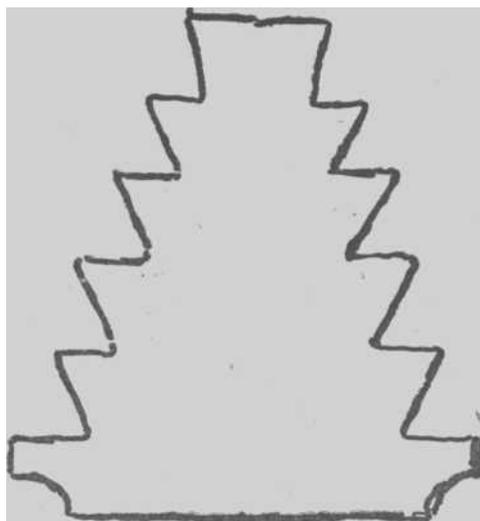


Fig. 2.—Almena de la Catedral de Córdoba

za también; por detrás forma como escalón, quizá recortado así para su aprovechamiento, y por delante ostenta una decoración, algo deshecha por uno de sus extremos, el que tocaría más cerca al suelo. Su trazado es geométrico, de poco relieve y en dos planos, antes bien a cortes redondeados que a biseles, y se completa con unas hojillas apareadas en ciertos huecos. Es composición bella y atractiva por su simetría, descentrada toda con apariencias de irregular, cuando es sólo el desvío de sus ejes lo que la trastorna: modo de atraer con fuerza la atención del espectador meditabundo, muy a gusto de la sensibilidad oriental y muy especialmente de la semítica. En su germen es un trazado bien simple (fig. 3): una cuadrícula doble, de la que se elimina parte de sus líneas y se le incrusta un terna de esvásticas, ya disimétrico de suyo. Probablemente su origen, hoy desconocido, se daría entre los mosaístas alejandrinos que difundieron su arte por todo el imperio romano en cuadrillas ambulantes, pues ellos fueron muy aficionados a esa inclusión de esvásticas en trazas de simetría más o menos deshecha. Así se explica la aparición de

este mismo diseño tudelano, ya en el siglo VI, en la estupa búdica de Damej en Sarnat (India) (figura 4) (V. A. Smith; pl.

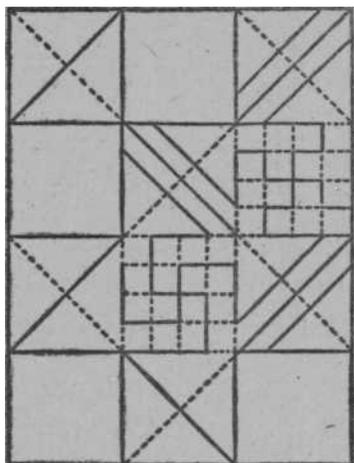


Fig. 3.—Trazado geométrico de la figura 4 y lámina I b

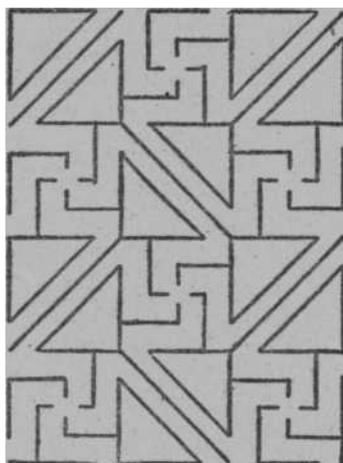


Fig. 4.—Decoración de una estupa de Sarnat (India)

XXXVII), ya en una portada de la gran mezquita de Córdoba, correspondiente a Alhakem II, en la postrera mitad del siglo X, (fig. 5), decoración esta última que hubo de quedar oculta a los



Fig. 5.—Decoración de una portada de la Catedral de Córdoba

pocos años, cuando la última ampliación de Almanzor, y no la volvemos a encontrar repetida. En el ejemplar de Tudela se simplifica la esvástica, reducida al giro de cuatro líneas en ángulo alrededor de un cuadradito; su mayor complicación, en el de Córdoba; en ambos, el mismo complemento de hojas, atestiguando un origen común.

La columna a que se aludió antes es asimismo de piedra caliza muy compacta (lám. II). Su fuste mide 2'60 mts. de largo; diámetro, de 30 a 36 ctms., conservando así algo de clasicismo en su éntasis; lleva por arriba un collarino aplanado, más de lo que se solía en lo cordobés, y sin ceja; pero como le falta la correspondiente moldura por abajo, es posible que haya sido cortado. El capitel mide 47 ctms. de alto, y 38 de anchura por arriba, resultando muy esbelto, a lo que contribuye el organizarse con una sola fila de ocho largas hojas, en vez de las dos filas obligadas en el orden corintio, y entre ellas asoman por arriba los caulículos hendidos con doble curvatura, y más desarrollada la que constituye pobres volutas. El abaco lleva las escotaduras de costumbre, surcado a lo largo por una raya, e irreconocible el adorno de sus resaltos. Las hojas se retallan en dobles grupos de a cuatro foliolas, más otra redondeada en su arranque, talladas de plano y con su punta revuelta en cuadrado. Los desarrollos cordobeses del acanto, bajo el califato se acercan más a sus modelos clásicos por blandura de talla; en cambio, los capiteles mozárabes le ofrecen recortado a biseles y con elegancia que más bien recuerda el acanto espinoso griego. Pero lo que es privativo y excepcional en el capitel tudelano es su orden único de largas hojas, revelando una originalidad genial, unida a lo primorosamente sobrio de su labra y a un sentido de verticalidad que se acentúa con el escaso desarrollo de las volutas.

Menos anormal, pero desconcertado y caprichoso, se nos ofrece otro capitel, descubierto en el claustro (láms. III y IV). Es de caliza casi marmórea; mide 40 cmts. de alto, otro tanto de anchura por arriba y 26 por su arranque, correspondiendo al tipo y proporciones del orden corintio. La disposición de sus hojas es la normal; todas las de abajo quedan lisas y con pico algo cuadrado; las altas ofrecen diversidad de frente a frente: en uno sólo se acusa el pico de su hoja, y a un lado la única voluta subsistente, grande, angosta y lisa; volviendo al lado contrario, aparecen una hoja rayada en foliolas a bisel, otra perfi-

Manuel Gómez-Moreno

lada como de acanto, y entremedias otra convertida en palmeta, remedando un tipo clásico muy visto en Córdoba; encima, algo que quiere acercarse al tipo de capitel compuesto, con una zona de zig-zag, entre rayas y coronada por dos largas hojas y una palmeta en medio, dispuesta en la saliente central del abaco, dejado liso en todo lo demás, pero con sus escotaduras. Las otras dos caras presentan hojas rayadas a bisel, y como ramaje una de ellas, sobre la que avanzan otras a modo de caulículos y con un vástago tallado en serie de triangulitos, degeneración de cierto modelo clásico. En suma, un muestrario de ocurrencias sin simetría ni concierto, sobre el tipo corintio con hojas lisas, que de lo romano pasó a lo cordobés desde Abderrahmen III, en la fachada del patio de la Gran mezquita. Este capitel tudelano se revela como obra de un tallista caprichoso, aunque no del todo inhábil, y sin contacto alguno con las demás piezas de esta serie; sólo le aventaja, y mucho, en barbarie otro ejemplar conservado en Padilla de abajo (Burgos), laberinto de biseles sobre un modelo mozárabe.

Volvemos a encararnos con lo cordobés ante un modillón de alero, hecho de alabastro muy impuro (láms. V y VI). Su alto 38 ctms.; ancho, 35; el largo no se puede apreciar, roto como está por ambos extremos. Recórtase en curva de nacela guarnecida con cuatro rollos cilindricos, de los que el superior parece que fué más corpulento, y atravesados a su mitad por un baquetón vertical saliente y asimismo encorvado. El adorno de hojillas contrapuestas, que este último llevaba, está perdido casi; pero subsiste la decoración de ambos costados con ramaje en ondulaciones, y rosetas dentro de aros, que encabezan los rollos; todo a biseles con arte de tradición bizantina sin asomos naturalistas.

El tipo de este modillón es una de las más afortunadas invenciones del arte andaluz. De lejos podría vérsese un precedente en los rollos enfilados o volutas del capitel ajeménida; pero es en la puerta de San Esteban de la catedral de Córdoba, obra del siglo VIII, si no anterior, donde aparece ya perfecto (fig. 6), y se repite, simplificado, en el apeo de los pilares dentro del edificio mismo. De allí pasa a lo califal; también a lo mozárabe y aun a lo románico de tipo compostelano hasta bien dentro de Francia, y por el oriente hasta el Cairo, en su mezquita Abentulún (G-M.: **Iglesias mozárabes**, figs. 126 a 129, 177, etc.—

El arte románico español, láms. CXXII, CLV, CLVI, CXCIII, etc).
 Más parecidos al ejemplar tudelano, un fragmento de yeso des-

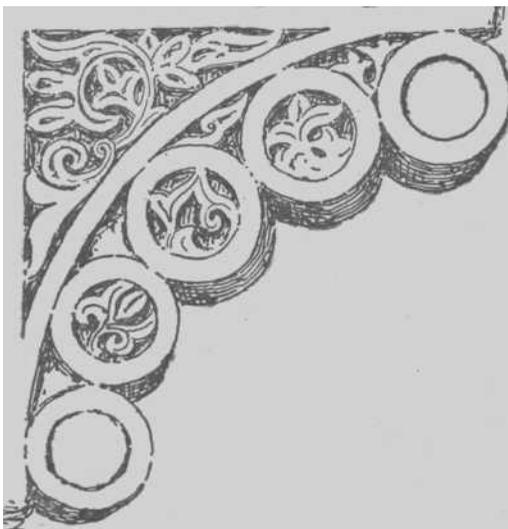


Fig. 6.—Modillones de la puerta de San Esteban en la Catedral de Córdoba (restitución)

cubierto en Elvira (fig. 7), y una pareja, que sirvió de quicialeras en Toledo, correspondiente al siglo XI (fig. 8). En esta de Tudela los rollos aparecen simplemente en contacto con la nace-

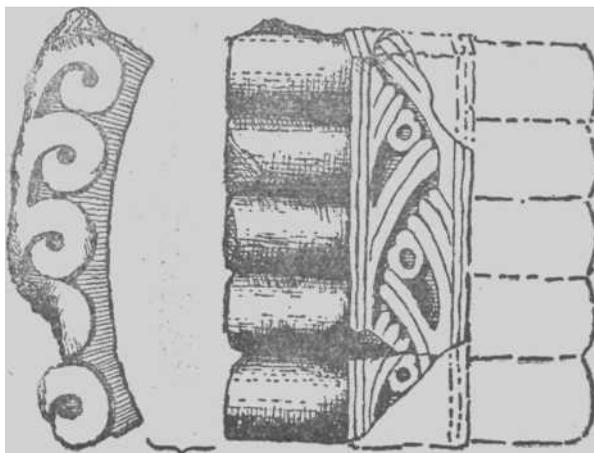


Fig. 7.—Modillón de las ruinas de Elvira (Granada)

Manuel Gómez-Moreno

la, y no brotando de ella como volutas, lo que establece una relación más directa suya con las de la puerta de San Esteban; y si esto arguyese antigüedad, podríamos ver en el nuestro un primer caso conocido del baquetón medial, anterior a los de Córdoba, Elvira y Toledo, y desde luego a los románicos, provistos de él generalmente.



Fig. 8.—Modillón-quicialera de Toledo

Ni los modillones de la puerta de San Esteban ni el tudelano conservan su rollo superior, que en los mozárabes resulta de tamaño mayor que los restantes, y así parece que también sería este de Tudela, según luego veremos; pero como los demás cordobeses, con todos los románicos derivados de ellos y los de San Millán de la Cogolla los ofrecen iguales entre sí, y con preferencia remedando hojas encorvadas, cabe sospechar si el tipo mozárabe que arranca de Escalada y Mazote, con rollos cerrados y mayor el de arriba, procederá de otro foco diferente del cordobés, fuese o no el tudelano.

Este ejemplar que nos ocupa desarrolla su decoración en vástagos hendidos, con mellas a trechos y especialmente en las bifurcaciones, de que arrancan hojas múltiples y cogollos como palmetas, a más de botones cóncavos agrupados, y tulipanes, flor abundante en los atauriques cordobeses bajo el califato; pero que antes asoma en el porche de Valdediós y en los capiteles sasaniadas de Isfahán. Son características mantenidas a la larga en

Tudela, según iremos viendo; pero cumple anteponer otras piezas, que al parecer constituyen su punto de arranque, y son las siguientes:

Dos fragmentos como de modillones también, pero muy incompletos, tallados en alabastro grosero y con decoración por tres de sus caras (láms. VII y VIII). Miden 32 ctms. de alto por 12 de grueso; es posible que ambos marquen por un lado el arranque de su curva en nacela con algo de rollo, y por otro llegue el mayor hasta la parte lisa, que hubo de entregarse en el muro, resultando decorado el canto inferior horizontal. Esto y su corto grosor diferencian éstos fragmentos del modillón precedente, pero entrando en serie con otros posteriores. Su decoración es también de follajes, más sencillos y uniformes, y a la par más bizantinos, recordando precisamente los del arco de la puerta de San Esteban en la Gran mezquita cordobesa, fechado en 855 (fig. 9), y esta es la prueba más fehaciente de antigüedad con que pode-



Fig. 9.—Dovela de la puerta de San Esteban en la Catedral de Córdoba

mos ilustrar la que sería Mezquita tudelana, de acuerdo con los otros indicios arriba formulados.

Por el canto, el fragmento mayor enfila semicírculos a bisel cruzados, tema visigodo ordinario; los demás son tallos hendidos, con mellas en sus bifurcaciones y en el arranque de las hojas, retorciéndose en curvas y pasando uno sobre otro dos veces seguidas, contra la regla de alternación usual; las hojas son triples, a bisel sus dos foliolas mayores, lisa la encorvada, salvo alguna hoja de más abundante composición, como palma, y esa uniformidad marca un tipo que viene repitiéndose fundamentalmente en los atauriques nuestros a través de los siglos.

Una serie de otros modillones, evolución de los precedentes, se aprovechó en las capillas de la catedral románica, según va dicho. Son también de rollos, con grosor de 15 ctms., su alto 45 y de volada 67; hechos también de alabastro gris (láms. IX y X). Los de las capillas muestran tan sólo tres rollos, por estar metidos en obra hasta un tercio; pero dos sueltos, obtenidos en el claustro, alcanzan a cinco rollos, no en curva de nacela, sino en línea oblicua, desvirtuando así la tradición cordobesa; si bien, respecto de la mozárabe, los ejemplares de Escalada y Moroso (Iglesias mozárabes; fig. 63 y 161) acusan ya la misma tendencia. Su inserción en la línea matriz, ya es tangencial tan sólo, como en los primitivos y en los mozárabes, ya fingen tallos que brotan de ella revueltos sobre sí, como en lo cordobés normal y en lo románico, solución más conforme con el origen de volutas múltiples que parece verosímil adjudicarles.

Aquí sus elementos lineales van apareados y con mellas, según costumbre; las hojas marcan triple desarrollo, generalmente, y de conformidad con los fragmentos anteriores, pero sin biselar las más veces; hay también palmetas, cogollos, rosetas de seis u ocho pétalos y unos capullos ensartados, como remedo de los óvolos clásicos, que también se dan en capiteles califales.

Todavía el estudio de esta serie está por hacer, y no es fácil de momento, colocados como están muy en alto los más de sus ejemplares en la obra románica. De los aleros de sus ábsides menores, uno desapareció con la sacristía moderna y el otro puede registrarse desde el desván de una casa (lám. IX); en la capilla extrema del lado del evangelio están muy remetidos también, pero hay algunos que han de corresponder a la serie primitiva, como los fragmentos anteriormente vistos, con cuatro rollos

en curva y arranque horizontal volado; hasta uno de ellos repite el baquetón saliente con adormilo de hojas enfiladas, como en el menor de dichos fragmentos y otro del museo de León. La capilla opuesta presenta su costado lateral con alero repuesto modernamente, dejando al descubierto cuatro rollos sus modillones, en los que predomina el perfil de aros tangentes con rosetas, y su decoración no difiere de otros aquí reproducidos; además allí se ofrece un modillón cabero de tipo perfectamente mozárabe, o sea liso, con cinco rollos en curva reentrante, mayor el de arriba, aleta por abajo y parte horizontal volada (fig. 10). El alero

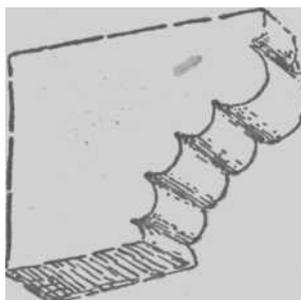


Fig. 10.—Modillón de una capilla de la Catedral de Tudela

del ábside y capilla mayor de la catedral misma copia los antiguos modillones, lisos y con tres rollos iguales entre sí.

Ya va expuesto como probabilidad que los muros del claustro corresponden a una organización románica, de fecha cercana a la reconquista. En el lienzo de hacia el SE. sólo queda un arquillo redondo hecho de ladrillo, y nada en el de SO.; pero el de NE. (lám. XI) conserva, entre huecos relativamente modernos, cuatro ventanas abajo y una en alto, que son descubrimiento de ahora y aclara en algo los problemas con que nos debatimos. La de arriba cae casi en medio de dicha nave y aparece remediada en el muro, cortando su tapial, acuñada groseramente, y a nivel su base con las soleras del tejado que cubría el ala del claustro ante ella. La forman dos arquillos gemelos, en una sola piedra, sobre jambas de dos piezas y solero; caída la columna medial, quedó allí mismo su capitel, por fortuna (lám. XII).

Los arquillos son de herradura bien trazados con la proporción de los califales: tres cuartas partes del diámetro en su altura, y arrancan a plomo de las jambas, sin impostas. Altura total, 1'26 mts.; ancho, 0'84. Hacia el interior se respalda por arriba, completando el grueso del muro, con planchas de madera, horadadas por los quicios de las hojas con que había de cerrarse. Corresponde a la tribuna de la capilla del Santo Cristo; pero fué tapiada al organizarse ésta, como lo demuestra la continuidad de su decoración mural en todo el lienzo y a través de aquélla.

El susodicho capitel mide 18 centímetros de alto, es de aia-bastro gris y deja lisa una de sus caras; en las otras predominan caulículos hendidos, con sus mellas, que se cruzan y retuercen sin destacar volutas; entremedias, abajo, hay unas hojas., rayadas o lisas, con desigualdad y mal arte, abaco escotado y collarino liso, cuya incorporación al capitel es novedad que le aparta de lo árabe y arguye influjo cristiano, bien sea mozárabe o románico; por lo demás, la tradición tudelana que venimos comprobando se mantiene aquí barbarizada, pero con iniciativa estimable.

Las ventanas bajas del claustro en la misma ala del NE. (láms. XI y XIII), son cuatro, alternando dos de simple arco semicircular, monolítico y sin impostas, que miden 75 cmts. de ancho, con otras dos de arcos gemelos sobre columna medial, que miden 1'20 mts. de alto y 0'88 de ancho; cada arco es de una piedra, cada jamba, de tres; por detrás van respaldadas con planchas de madera, en las que se pintó la misma decoración morisca esgrafiada en los muros de la colindante capilla del Santo Cristo, probando que todas cuatro se mantuvieron abiertas siempre, a diferencia de la de arriba. De una de ellas no queda sino uno de sus dos arcos, semicircular y sin impostas, y la columna en que se apoya. La otra ventana se conserva íntegra, y sus arquillos son como de herradura, aplastados en su arranque y con impostas recortadas en la misma piedra formando nacela: torpeza en su artífice, pero intención de arabismo puro.

Las dos columnillas que les corresponden son relativamente gruesas; su alto 88 cmts.; sacados sus tres miembros de una sola piedra; las basas, con triple bocel y plinto; los capiteles con collarino retorcido; abaco liso, pero con línea en zig-zag uno de ellos, y composición de cuatro hojas simplemente rayadas. Corresponden así a un arte románico arcaizante, que va bien con

la supuesta antigüedad de los muros mismos, teniendo en cuenta que, si bien estas ventanas aparecen remetidas, pudo serlo a raíz de hacerse aquellos y habilitarse sus naves. Además, la diferencia de arte entre las ventanas bajas y la de arriba, acusa más antigüedad para esta última, que tal vez proceda de edificio anterior a la reconquista.

Sobre uno de los arquillos de la ventana baja completa se grabó en la misma piedra una enigmática inscripción, con letra elegante y bien tallada, que parece corresponder a la primera mitad del siglo XII y dice así (lám. XIV a):

+ SI TE FORTE R OFFEDIT BARTHOLOM
EUS EUS
QUI SVUS ATQ M PARCEAS IN IGNE D

Lo que podrá interpretarse en este sentido: «Si el reo Bartolomé te ofendió fuertemente, oh Dios, a él, que es tuyo, como tu eres mío, perdónale del fuego». Y aunque sea más aventurado aúri fundar conjeturas, valga el dato de que en 1227 hizo testamento un maese Bartolomé, canónigo de esta colegiata de Santa María (Archivos de Tudela; n.º 214).

De todo lo antes presentado, estas ventanas bajas parecen ser lo único posterior a la conquista de Tudela y de fecha próxima a ella, combinándose árabe y románico en su estructura, y estaban abiertas cuando se organizó la capilla adyacente, como va dicho, a diferencia de la de arriba. El esgrafiado de los muros de esta capilla, a que aludió antes, cubre tres paredes de ella en toda su altura, quedando lisa la de hacia la calle, rehecha probablemente, y previene que ya existía la tribuna cuando se hizo, puesto que en ella arranca el esgrafiado sobre sus arquillos básicos (lám. XIV, b). Es, efectivamente, una composición geométrica de tipo almohade, cuyo génesis son arcos mixtilíneos, según se inventaron en el siglo XI y los prodiga la Aljafería, cruzándose sus dos ramas y dando lugar a una red de elementos derivados de ellas que se llamaron sebka, y tuvo aplicaciones decorativas sin número. Con variantes, la traza tudelana viene

a repetir la de dos paños del alminar o torre de San Juan de Reyes en Granada, obra del siglo XIII; mas no la recuerdo en el área mudejar septentrional.

De tipo árabe también es la armadura de la misma capilla, muy destrozada ya; pero se reconoce su estructura de par e hilera sin paños caberos, o sea a dos aguas toda ella; sin perfilar sus pares o alfardas, tabicas abajo entremedias, y argeute corrido cubriendo sus patillas; pero sin aliceres, como en Santa María la Blanca de Toledo, y sobresaliendo sus tirantes de las paredes. Queda una sola, de tres, y las caberas, llevando debajo canes aquilados muy salientes y de largos picos, conforme al tipo toledano usual. Iguales son los que apoyan la viga de la tribuna y ios que sobre ella rematan las alfargías, formando ala. Es también curioso el antepecho, de celosías a tramos, recortadas en una tabla con dos dibujos diferentes. (Láminas XV y XVI).

Todo ello podrá ser del siglo XIII, como los esgrafiados, y lo acredita el que en esta capilla hubo de constituirse la cofradía de San Dionís, cuyas constituciones se aprobaron en 1282, y tuvo gran auge. Pero las pinturas que decoran las carpinterías susodichas, armadura alta y suelo de la tribuna, parecen ya del XV, con sus atauriques moriscos, carteles en la tablazón, con las rosetas y punteados de costumbre, discos de lazo de ocho en las tabicas, zig-zag en las alfardas, golpes de lazo, monogramas de IHS, góticos, y abajo, en la tribuna, follajes al natural, animalejos, como javalíes y perros, el mismo monograma, una Y coronada, etc.; todo muy interesante y merecedor de estudio y limpieza.

Otra obra mudejar aun más singular, pero desgraciadamente casi perdida, era la anaquelería, a modo de credencia, que rodeaba por dentro el ábside de la catedral y se conservó tras de su retablo; fotografiados sus detalles por Mas en 1916, y luego trasladada entera y cuidadosamente al claustro, allí la fotografió Ruiz Vernacci en 1930. Ya no quedan sino sus fragmentos ornamentales, que podrán ser recompuestos (láminas XVII a XIX).

Era una decoración peregrina, y única conocida en tal uso: arcos góticos lobulados, quizá seis en cuatro paños y apareados los de los extremos; hechos de ladrillo y yeso, conteniendo vasares, a más de un poyo sobre arcos lisos, y rematando en una

cornisilla de nacela horizontalmente. Las albanegas o enjutas se revestían con una decoración cortada en yeso, formando discos de lazo de seis, y en torno atauriques recordando aún los modillones arriba presentados, con sus palmetas, hojas múltiples, palmeadas, y piñas; cintas y tallos hendidos y con mellas, y uso de trépano en las foliolas redondeadas, todo ello resaltado en un solo plano y compuesto con gran soltura y habilidad. Aunque sea difícil fecharlo por falta de datos, quizá no se retrasaría mucho del 1204, cuando fué consagrado el altar mayor de nuestra iglesia. Recuérdese la decoración de la casa del Planillo, en Alfaro, ya destruida, y desde luego, menos antigua.

Con dicha arquería estuvieron colocados en el claustro, aunque ignoramos de dónde procedan, un tablero de piedra con larga cruz lisada, que mide 73 por 38 cmts. y parece vetusto (lámina XXII, a), un capitel y una especie de cimacio. El capitel es de alabastro gris; mide 31 cmts. de alto y tiene proporciones alargadísimas (lám. XX), abaco escotado, pero no collarino, y dispuesta en sus cuatro caras doble fila de hojas con sus puntas cuadradas y sirviendo de campo a temas geométricos sencillos, algo de cogollo, una cruz trazada a compás y dos grupos como de letras árabes que no forman palabra, todo ello barbarísimo; pero los follajes acusan algo de estilo, con hojas picudas y redondeles hechos a trépano.

El cimacio, que puede ser basa también, es cuadrado por su asiento mayor, en tronco de pirámide y ochavas, de donde arrancarían el pilar correspondiente; se decora con triángulos y aspas; entremedias follajes, exactamente iguales a los del capitel y con el mismo punteado a trépano. Mide 25 cmts. de base, por 15 de altura (lám. XXI).

Otro capitel hay en la arquería interior del ábside del monasterio de Irache, muy emparentado con las piezas anteriores, como aprovechamiento de obra más antigua: caracterízale el empleo del trépano y es de orden corintio, con buenas proporciones y menos rudo que el susodicho (lám. XXII, b). Les aventajan en arte, con gran libertad de composición y técnica igual, otros dos capiteles, conservados en el museo de Huesca y de procedencia para mí desconocida, que tal vez deban asociarse a lo tudelano (lám. XXIII).

Finalmente, en un campo junto a San Martín de Unx, cerca

de Tafalla, se ha descubierto otro capitel muy bárbaro, de 22 cmts. de altura, con elementos a capricho, algo de hojas y abaco rectilíneo con labor en zig-zag, que recuerda piezas asturianas de hacia el siglo X, pero quizá tampoco ajeno al foco tudelano (lámina XXII, c).

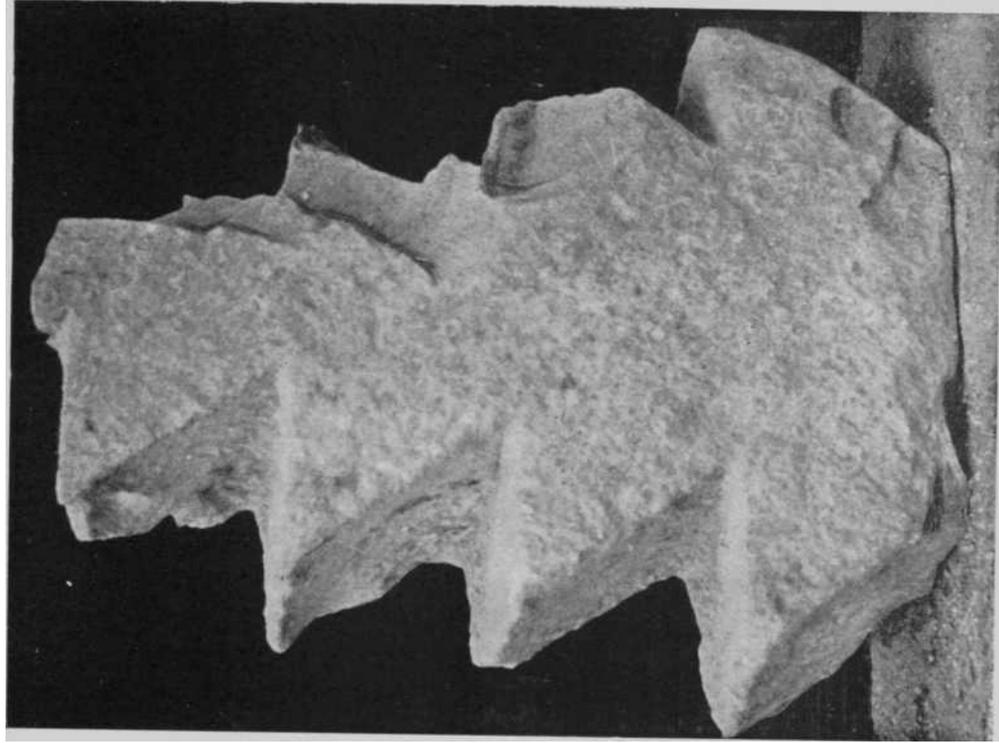
Manuel GOMEZ-MORENO

Lámina I



Catedral de Tudela; almena y pilastra

Fotos Archivo José E. Uranga





Catedral de Tudela; capitel y fuste de columna

Foto-Archivo José E. Uranga



Catedral de Tudela: capitel (véase la lámina siguiente)



Catedral de Tudela: capitel de la lámina anterior.

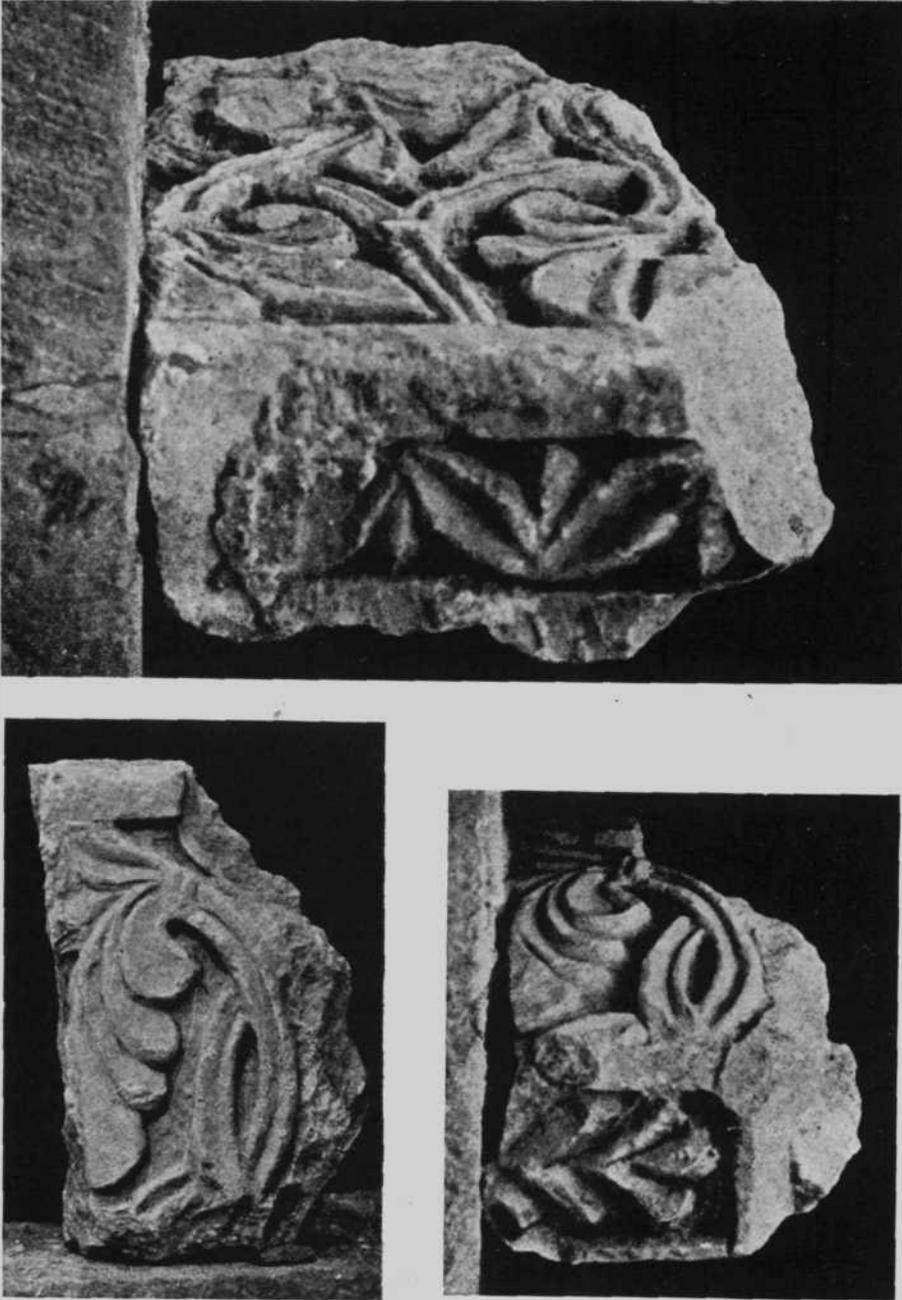


Catedral de Tudela: modillón de alero

Foto Archivo José E. Uranga



Catedral de Tudela: costados del modillón de la lámina anterior



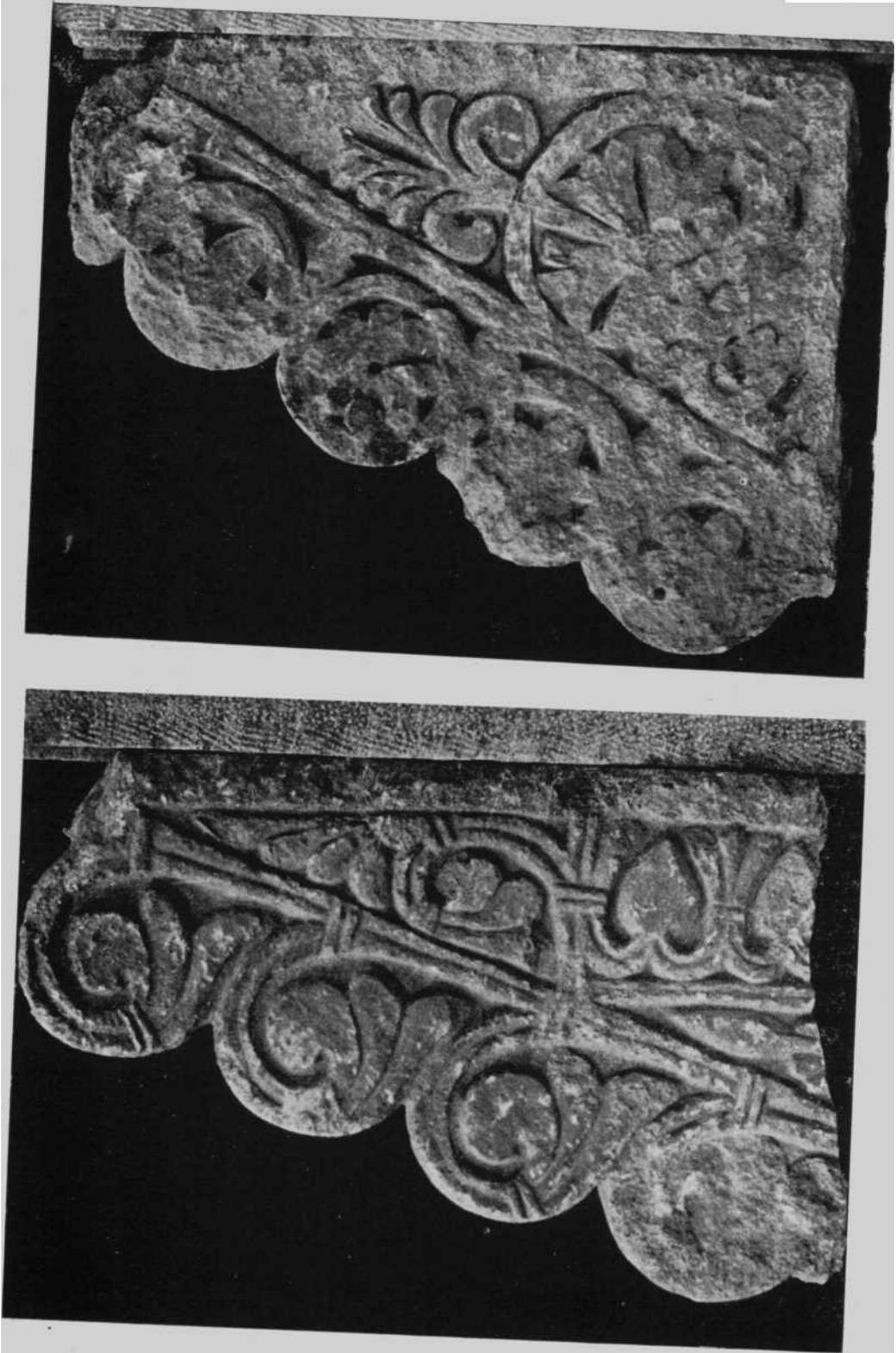
Catedral de Tudela: fragmentos de dos modillones

Fotos-Archivo José E. Uranga



Catedral de Tudela: costados del primer fragmento de la lámina anterior.

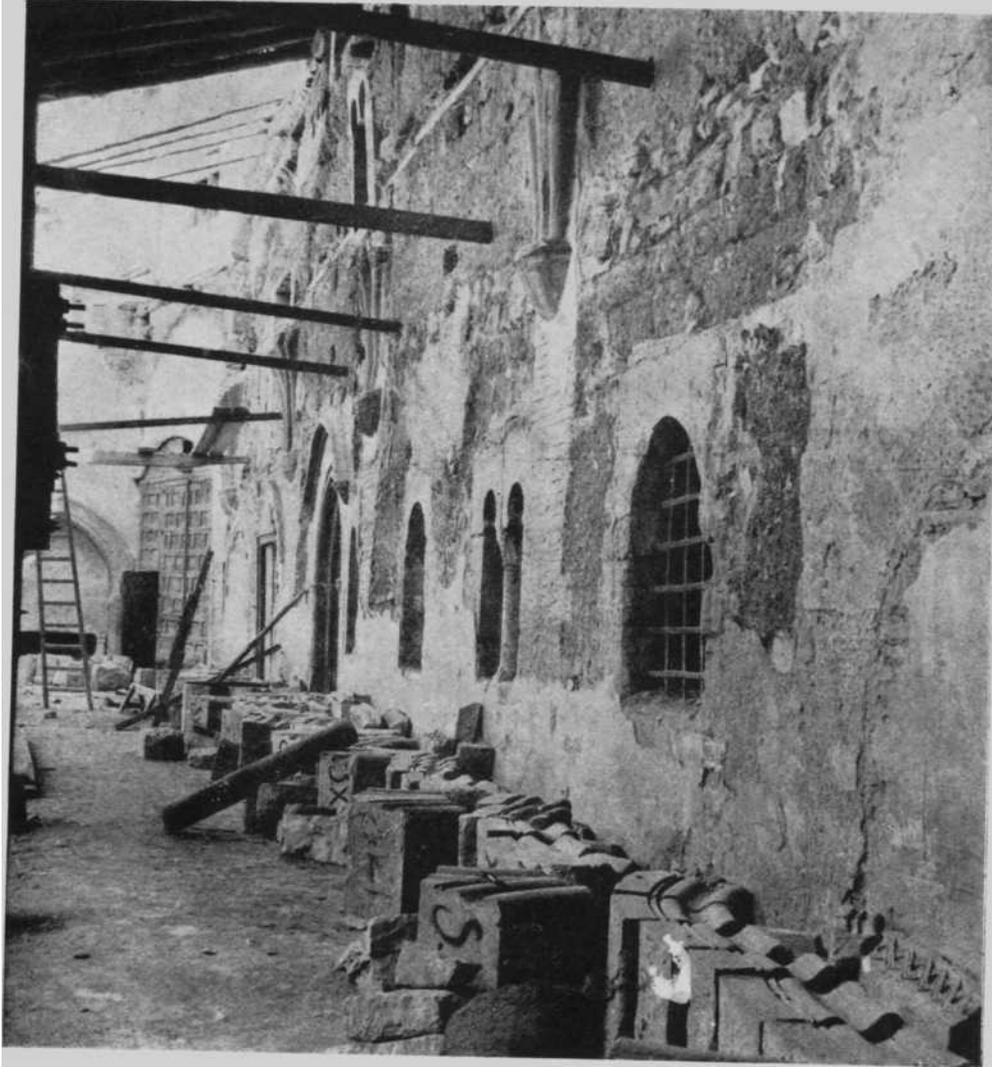




Catedral de Tudela: dos modillones



Catedral de Tudela: alero de la capilla lateral del lado de la epístola

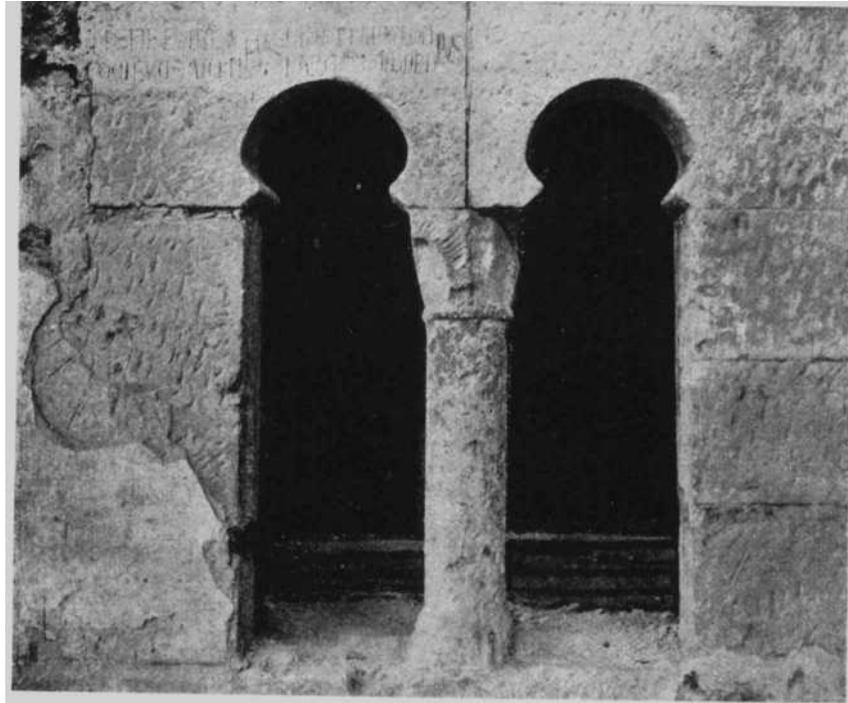


Catedral de Tudela: ala del claustro hacia el NF.

Fotc-Archivo José E. Uranga



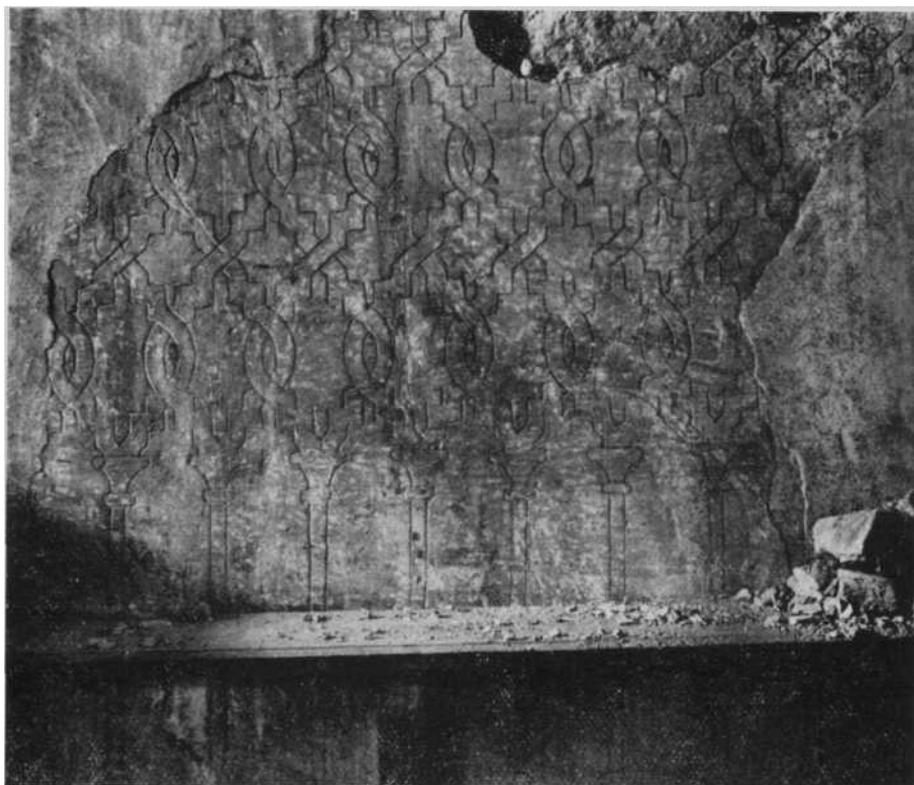
Catedral de Tudela: ventana alta del claustro y su capitel



Catedral de Tudela: ventanas bajas del claustro



Catedral de Tudela: ventana baja del claustro



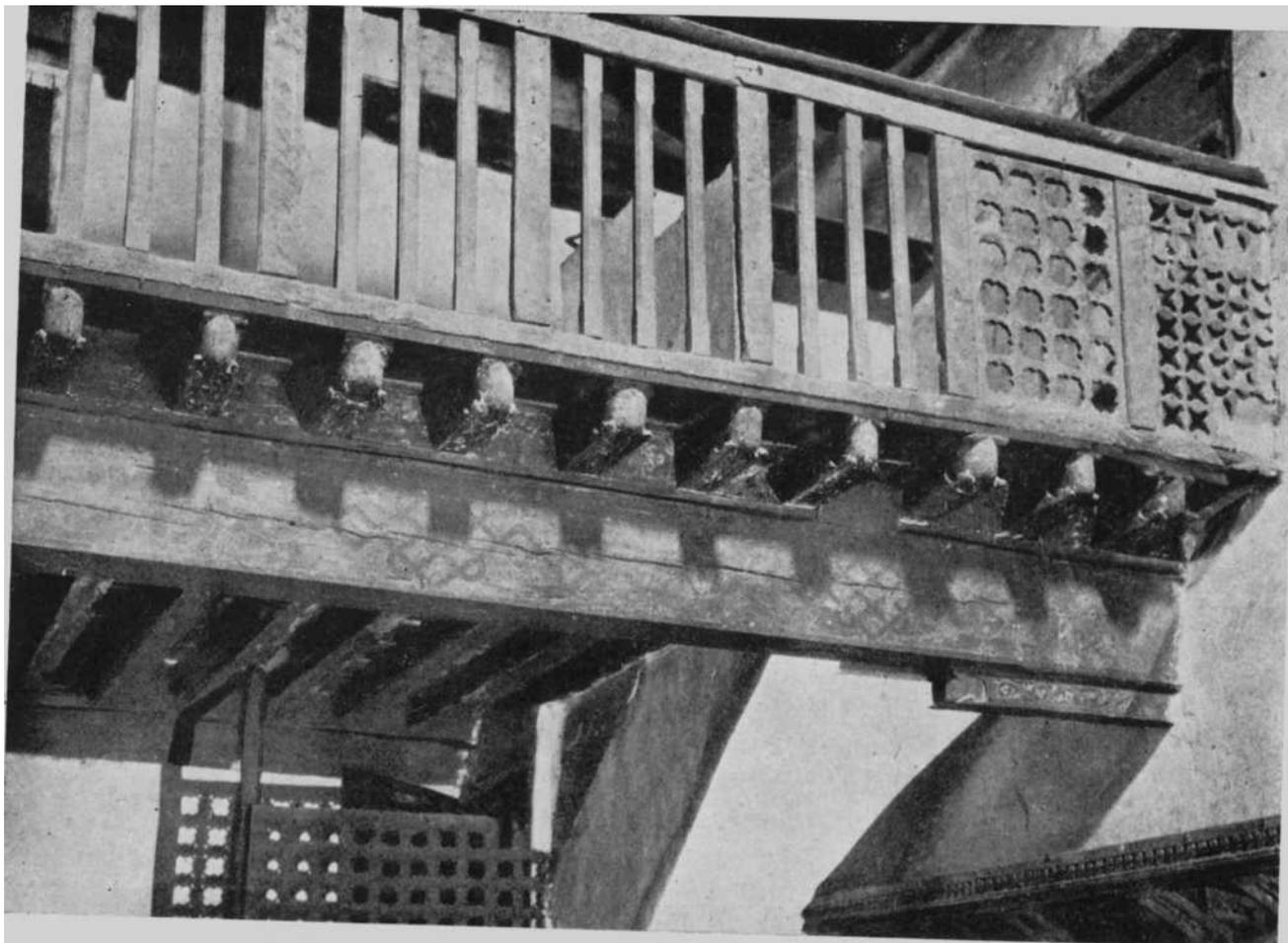
Catedral de Tudela: decoración de la capilla del Cristo en su claustro

Fotos Archivo José E. Uranga

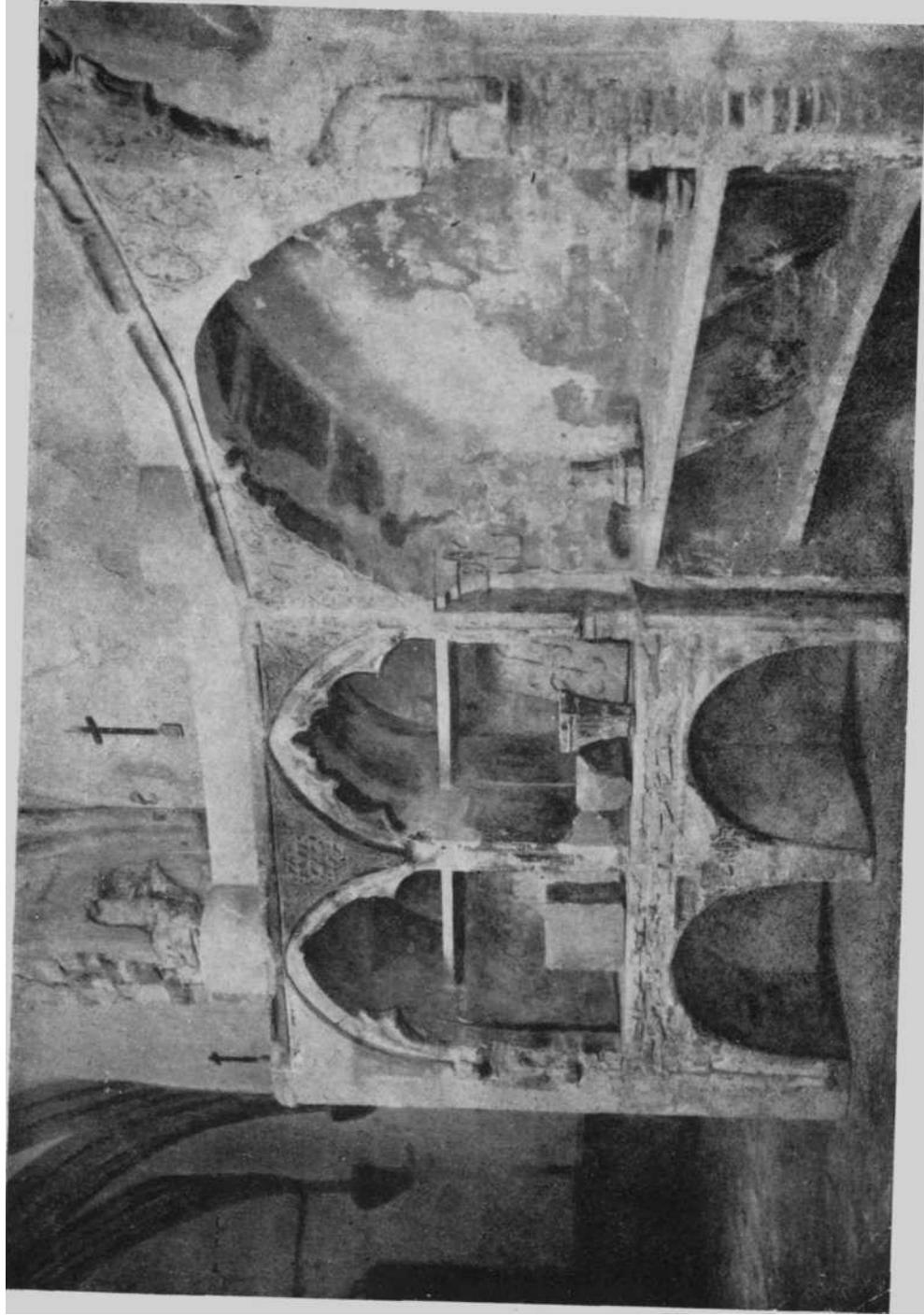


Catedral de Tudela: capilla del Cristo en su claustro

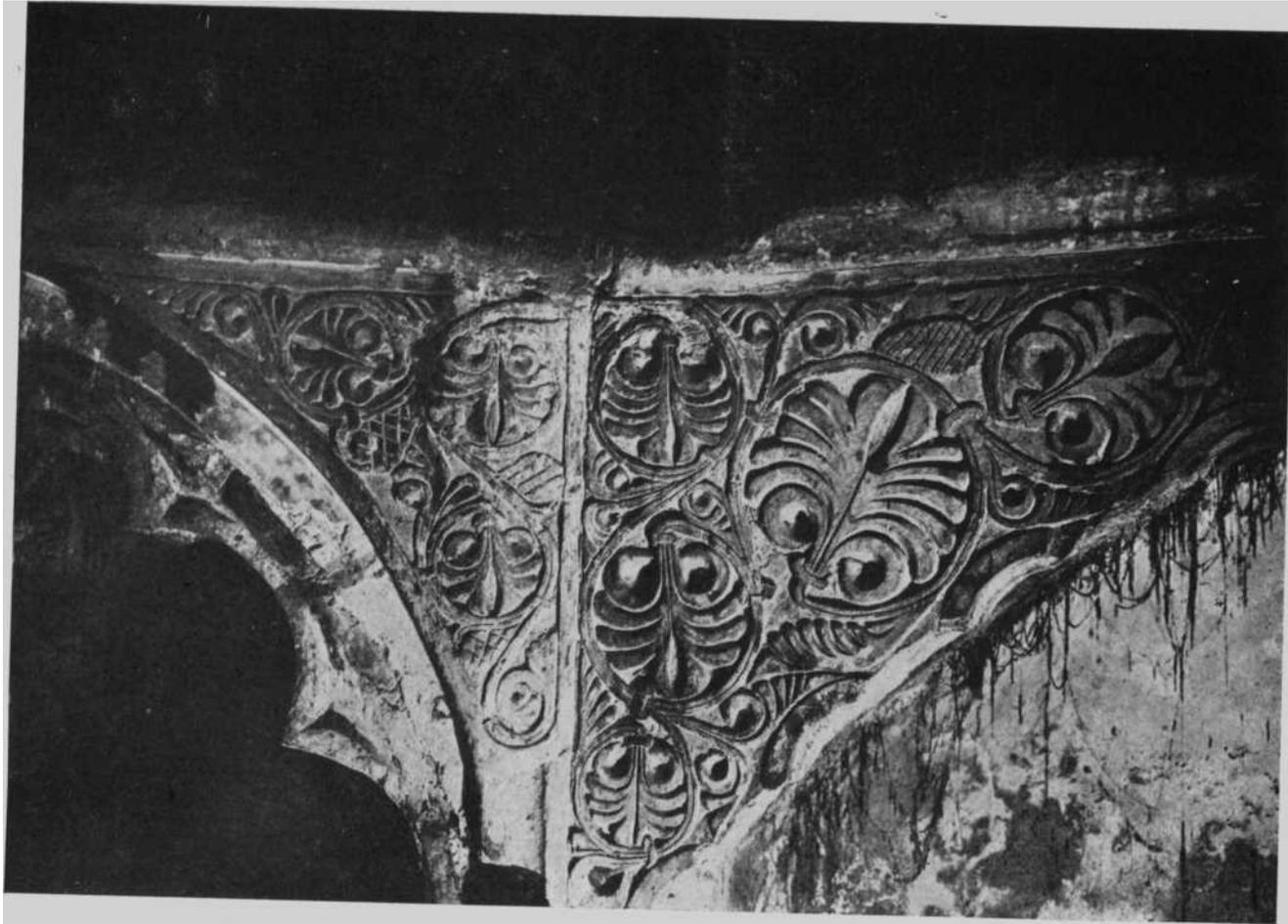
Foto-Archivo José E. Uranga



Catedral de Tudela: tribuna de la Capilla del Cristo



Catedral de Tudela: Credencia que estuvo en la capilla mayor



Catedral de Tudela: **albanegas** de la **credencia de la lámina anterior**



Catedral de Tudela: albanegas de la mi
misma credencia



Catedral de Tudela: capitel suelto

Fotos-Archivo José E. Uranga



Catedral de Tudela. basa o cimacio, suelto



Catedral de Tudela: tablero suelto



IRACHE: capitel del abside



SAN MARTIN DE UNX: capitel



Museo de Huesca: capiteles